

# LA SAETA

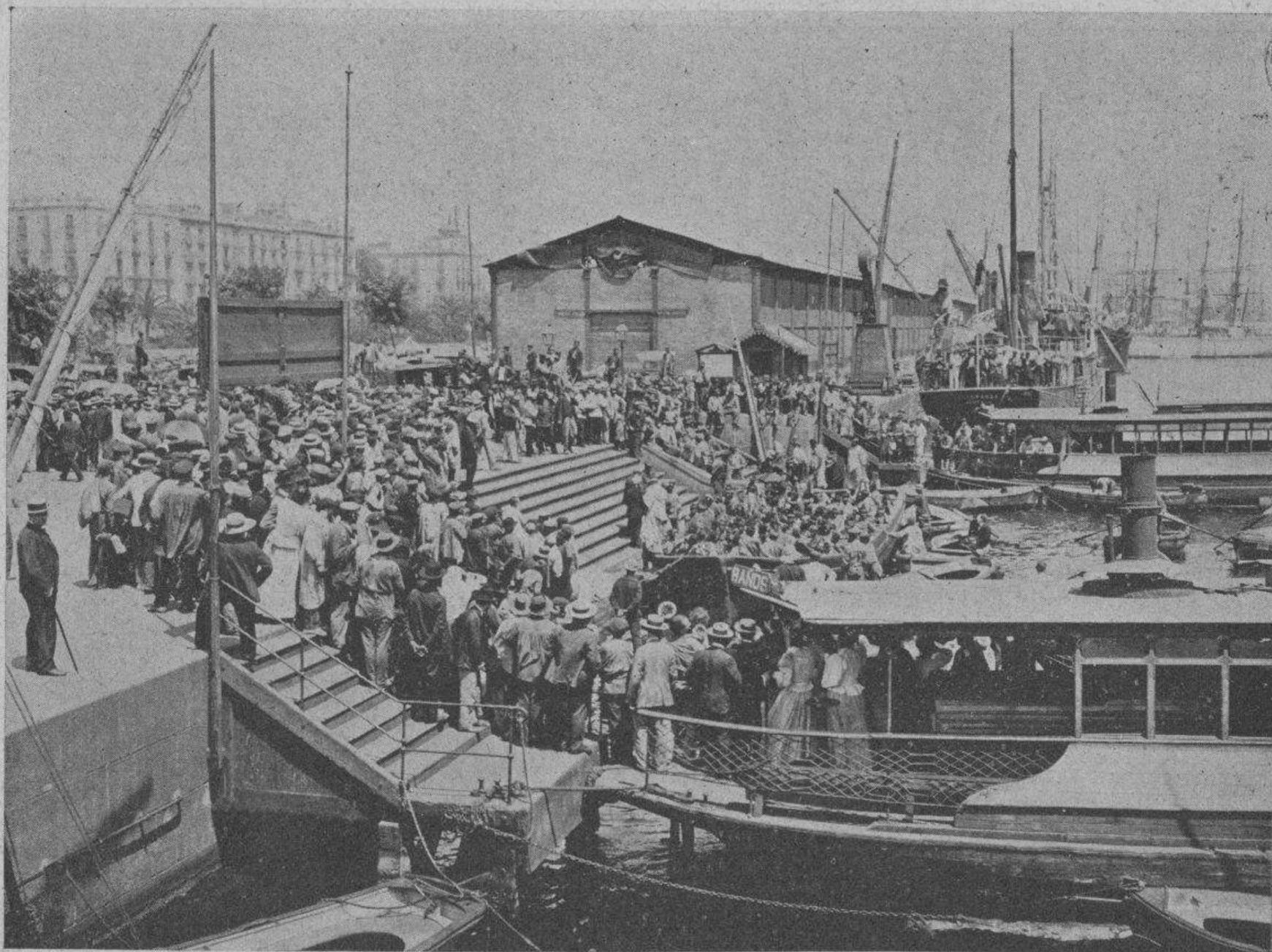
SEMANARIO ILUSTRADO

*Año VIII*

*Barcelona 5 de Agosto de 1897*

*Núm. 350*

## LOS NEGROS ASCHANTIS EN BARCELONA



*Fot. de nuestro colaborador artistico A. Merletti*

Desembarque de la tribu



## La seña Pepa

—¿Qué va á ser, caballero?

—Lo que usted quiera... cualquier cosa...

—¿Quiere usted cerveza?

—Vaya por cerveza.

Y mientras la dueña ó la criada del establecimiento se dirigía hacia la trastienda en busca del brevaje, después de mirarme con marcada insistencia, me puse á contemplar el

pintoresco antro en que el súbito chaparrón que caía habíame obligado á entrar.

Era uno de esos tabernuchos indecentes, pero llenos de *color local*, como se encuentran á cada paso en los barrios excéntricos de Madrid, frecuentados por la baja plebe y especialmente por la truhanería desarrapada de la corte y villa. En aquel momento estaba casi desierto: no había más que dos pillos de respetable edad, semi-tumbados sobre un banco y en estado de visible embrutecimiento. Apenas si uno y otro entreabrieron los ojos para lanzar una mirada de estúpido asombro sobre el *señorito* que se entraba por semejante sitio.

Volvió la *Hebes* tabernaria, escancióme la cerveza, mirándome con fijeza—lo cual me hizo pensar si me tomaría por un policía de clase superior—y luego fué á sentarse al extremo de un banco. Cogió una saya que había dejado sobre la mesa al entrar yo, y se puso á dar puntadas, no sin levantar de cuando en cuando la vista para seguir examinándome. Era una matrona de medio siglo bien cumplido, de guedejas grises y mal peinadas; rostro aceitunado, fofo; agradable quizás en otro tiempo, pero ahora sin líneas, desdibujado, con hocico bigotudo y narices granujientas. El cuerpo, enormísimo: los pechos colosales y caídos descendían libremente, sin corsé que los sujetara, sobre el vientre gigantesco; y las caderas y las nalgas, presentaban sólo una masa voluminosa de carnes. Este poco escultórico compuesto aparecía revestido de pobreza y de suciedad.

Bebí un sorbo del líquido escanciado, que aunque realmente malo, hubiese podido ser peor, encendí un cigarro, y no sabiendo como emplear bien el tiempo, traté de ensismarme en el espectáculo de la lluvia, desplomándose á cántaros sobre el empedrado. Pero á los diez minutos el aguacero me resultó horriblemente monótono y aparté mi atención de la calle para fijarla en las obras de arte que se destacaban sobre la pared de enfrente: dos cromos representando á Doña Juana la Loca ante el féretro de su esposo y la muerte de Lucrecia, y un retrato litografiado del general Prim. Entreguéme á media docena de reflexiones histórico-filosóficas acerca del triste sino de aquellas ilustres víctimas del amor, de la lascivia y de la política, me eché al colete otro sorbo de cerveza, volví la cabeza hacia mi izquierda y examiné un objeto que hasta aquel momento pasóseme desapercibido: una fotografía, metida dentro de un marco, dorado en otro tiempo, resguardada bajo de un cristal que las moscas habían ensuciado indecorosamente, y representando á una mujer guapa, arrogante, en la plenitud de sus treinta primaveras. Una artista, á lo que creí, del arte zarzuelero ó flamenco: muy garbosa con su chaquetilla totera y el sombrero calañés terciado sobre la chulesca testa.

Me puse en pie, acerquéme para contemplar más á conciencia el retrato, y me quedé

atónito... Era ella, ella misma... la Pepa Holguín, la famosa contralto de antaño, la diva de la zarzuela ligera española, el ídolo de nuestro público durante un lustro y medio, la cantante exquisita y acanallada al par, la cómica salerosa, la mujer sugestiva que en el teatro y fuera del teatro se llevaba con su gancho los aplausos, los triunfos, las miradas, los corazones y el dinero...

¡Qué de recuerdos asaltáronme en tal momento, al hallarme por tan inesperada manera ante la imagen de la Pepa!... Había sido yo uno de sus más entusiastas partidarios, un adorador ferviente de sus gracias y de su arte: había sido... algo más todavía. Sí: durante quince días, quince nada más, la deliciosa contralto fué para mí la odalisca más gachona, más acabada, más experta en voluptuosidades y cariños que puede ambicionar un hombre; durante dos semanas justas y cabales, me hizo Pepa feliz, muy feliz; y si mi felicidad no se prolongó por más tiempo, no fué culpa de la chica, ni mía tampoco; fué culpa de mi cartera, que en aquel corto período de tiempo quedó exhausta, desprovista absolutamente de todo valor fiduciario.

Largo rato permanecí contemplando el retrato, y al evocar mi memoria imágenes del tiempo viejo, una ráfaga de estulta vanidad y de retrospectiva lubricia me caldeaba el cerebro y las mejillas. «Esta hembra hermosa y codiciada llegó á ser mía... ¡me pertenecía!...—decíame con toda satisfacción, acariciando con la mirada y con el recuerdo, la visión fotográfica que parecía sonreirme tras el emporcado vidrio.— Esa mujer hechicera que tantas locuras inspiró á tantos hombres, que con sólo presentarse en escena encandilaba los ojos de centenares de espectadores, esa mujer te amó... ó cuando menos hizo todo lo posible para hacértelo creer. ¡Y que bien sabía embrujar la pícara y que rica era y que sabrosas se hacían las horas de locura pasadas á su lado!...»

—¡Vaya! me alegro, hijo... Veo que no me has olvidado del todo y que te acuerdas todavía...

Volvíme estupefacto al escuchar la voz aguardentosa que pronunciara estas palabras. La gordísima matrona estaba plantada á mi vera, los brazos en jarras y sonriéndome: una sonrisa horrible que ponía al descubierto la triste soledad de una boca, donde no quedaban más que dos dientes entre negros y amarillos. Los ojos lagrimosos, ribeteados de grana, me lanzaban una mirada tierna...

—No me habías reconocido, ¿verdad?... Yo sí te reconocí al punto... así que entrastes. Y eso que han pasado algunos años desde entonces ¿eh? ¿Te acuerdas, bribón? Y que poco me figuraba yo que ibas tú á entrar por esta puerta... Pero me alegro; me alegro mucho, porque tengo que contarte muchas cosas.



No acertaba yo á responder una palabra; mirábala á ella con expresión que probablemente debía ser muy estúpida y hacía un esfuerzo para sonreirme. Sentíame confuso, avergonzado, furioso; desde el corazón, desde el estómago, me subía á los labios algo como un vaho de repugnancia indecible, en tanto que allá en lo más íntimo del alma, en uno de sus rincones, creía sentir la presencia de un maligno diablillo, riéndose á carcajadas con despiadado sarcasmo.

—Sí,—repitió ella, acercándoseme un paso más y acentuando su expresión de ternura.—Tenemos que hablar... Cuando dos se han querido,... ya se ve... siempre queda algo; ¿verdad, tú?... Espera un poco: voy á servir á esos y vuelvo.

Tres ciudadanos con facha de rufianes, acababan de entrar, calados hasta los huesos, resollando fuerte. Dejáronse caer sobre un banco, pidiendo aguardiente, y mientras la *señá* Pepa les servía, puse yo un duro en la mesa y me disparé hacia la calle. La lluvia seguía apretando de firme, y al sentir caer sobre mi rostro, sobre mis manos, sobre mis vestidos, aquella agua refrescante y pura, experimenté una sensación bienhechora, una sensación de alivio físico y moral.

JUAN BUSCÓN.

---

### A mi morena

Con esos ojos fascinadores  
y esa elegante coquetería,  
me estás matando de mal de amores  
encantadora morena mía.

Yo sufro y lucho desesperado  
conmigo á solas,  
como el viajero desamparado,  
pobre y errante, y abandonado  
del mar en calma sobre las olas.  
Sufro... y te quiero de tal manera,  
que en tí concentro mi vida entera.  
Pero morena, vano es mi empeño,  
que tus desdenes poquito á poco  
matan mi dicha, roban mi sueño,  
me vuelven loco.

Y si supieras las desazones  
que tus desdenes me dan al día,  
es muy posible que en ocasiones  
no destruyeras las ilusiones  
que forja loca mi fantasía...  
¡y te rindieras á mis canciones  
encantadora morena mía!

Porque tú eres  
la más hermosa de las mujeres,  
la musa núbil de mis cantares,  
la que me priva de otros placeres,  
la sola causa de mis pesares.

Y yo te quiero  
con un cariño tan verdadero,  
que no consigo  
soñar con nadie más que contigo  
y por tu culpa, morena mía,  
me está matando la hipocondría...

Yo bien quisiera  
que me matases de otra manera;  
y si tú quieres, tiéndeme el lazo  
cuando en tus brazos me tengas preso  
y ahógame entonces en un abrazo  
para que muera dándote un beso...  
¡que tú no sabes qué dulce es eso!  
Porque en tu boca, panal de mieles

que encierra dientes muy chiquitines,  
tus labios rojos como claveles  
tienen la esencia de los jazmines.

Y son tus ojos, morena mía,  
grandes y negros como mis penas  
y tienen esa melancolía  
que me recuerda la poesía  
de las calladas noches serenas  
propias del cielo del Mediodía.

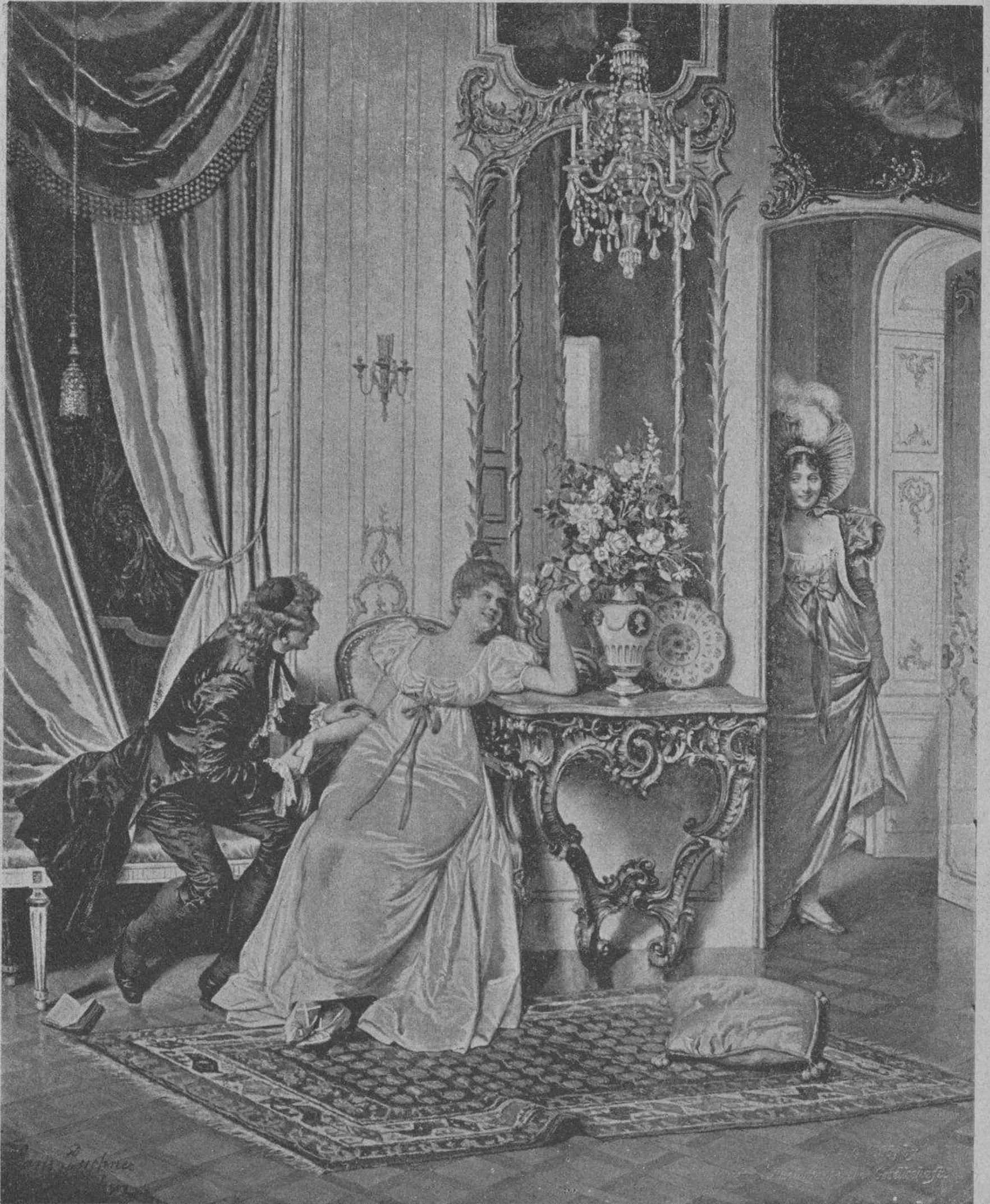
Por consiguiente,  
pues ves, morena, mi afán creciente  
y el ansia oculta que me devora,  
por Dios te pido que no me aiente  
la llama ardiente  
de tu mirada fascinadora.  
Porque si luego me comprendieras  
y te rindieras y fueras mía,  
y medio en bromas y medio en veras  
al fin y al cabo te convencieras  
de que te quiero más cada día,  
no me importaba que prosiguieras  
en tu elegante coquetería,  
porque, aunque en ello no consintieras,  
yo mi desquite me tomaría,  
y luego... ¡es fácil que me quisieras  
porque el desquite te gustaría!...

Pero es el caso que tú no sabes  
que aún quedan cosas mucho más graves,  
que estando á solas te contaría  
con mucho gusto, morena mía.

Sólo te digo porque te enteres  
que, aun conociendo lo arisca que eres,  
tengo esperanzas muy lisonjeras  
y que, aun sabiendo que no me quieres,  
no he de morirme sin que me quieras.  
Y poco á poco me vuelvo loco  
ó te conquisto poquito á poco.  
Porque tus ojos fascinadores  
y tu elegante coquetería,  
¡me están matando de mal de amores,  
encantadora morena mía!

RAMÓN ASECIO MAS.

BUCHNER



Infraganti

## ¡El honor... El decoro...!

Don Benito, un antiguo calavera  
que ultrajó á la virtud siendo soltero,  
y que de ella se burla hoy que es casado,  
grita y se desespera  
porque su hijo del alma, Baldomero,  
que en el mundo del arte ha conquistado,  
con constancia y trabajo,  
un lugar, que es muy alto desde abajo,  
mas mirado de arriba es muy pequeño,...  
digo, que frunce el ceño  
porque enfermo le ve de unos amores  
que el sosiego le roban y la calma.

¡Dulce pasión que brota de su alma,  
cual el sutil aroma de las flores!

—No será... y no será. ¿Tú ignoras que ella  
tiene por madre una mujer... perdida,

y que en tu noble frente  
brilla como una estrella  
una honra que jamás fué obscurecida?  
Ese amor imprudente  
mira, pues, de calmar. ¿Qué se diría?...  
Ella tan... y tú tan... ¡Oh, no; no quiero!  
El honor... el decoro... Baldomero:  
si eso llegara á ser, me moriría.

—  
Y eso no llegó á ser, porque María,  
después de llorar mucho, voló al cielo  
el día... ¡No me acuerdo ya qué día!

Yo ví su blanco cuerpo allí, en el suelo;  
y allí supe que aquel amor bendito  
acabó de tal modo,...

porque un día su madre cayó al lodo  
y quien dió el empujón... fué don Benito.

EUGENIO SANCHO MONTAUD.

---

## Epigramas

La mayor de tus chiquillas,  
como que tanto ha crecido,  
ya va, con ese vestido,  
luciendo las pantorrillas.

Si la chica va á llevar  
siempre la misma ropita,  
cuando sea mayorcita  
¡no sé lo que va á enseñar!

—  
Circula moneda falsa,  
según la prensa asegura.  
Pues tengo yo una peseta  
falsa, la cual *no circula*.

—Ya del pie el mal desterré.  
—¡Y ahora el brazo está peor!  
¿Cuándo curaré, doctor?  
—El problema sigue *en pie*.

—Ya en el comercio de Aznar  
no despacha la señora.  
—¿Por qué razón?—Porque ahora  
está para *despachar*.

A presenciar la corrida  
se fué un señor cierta tarde,  
pues *le citó* un matador  
en la plaza, y le dió un *pase*.

—Desde que los conocí  
á esos, como novios van.  
—Pero ¿al fin se casarán?  
—Con seguridad que sí.  
Han tomado tan á pecho  
el realizar sus caprichos,  
que se han tomado *los dichos*.  
—Más de *los dichos al hecho*!...

—  
La cabellera te ví  
esta tarde al saludar:  
¡O te la debes peinar  
ó no saludar así!

—  
Dicen que tiene Melquiades  
dos historias acabadas:  
una, la de los Almohades;  
otra, la de las *almohadas*.

JOSÉ M.<sup>a</sup> SOLÍS Y MONTORO.

propone...

I

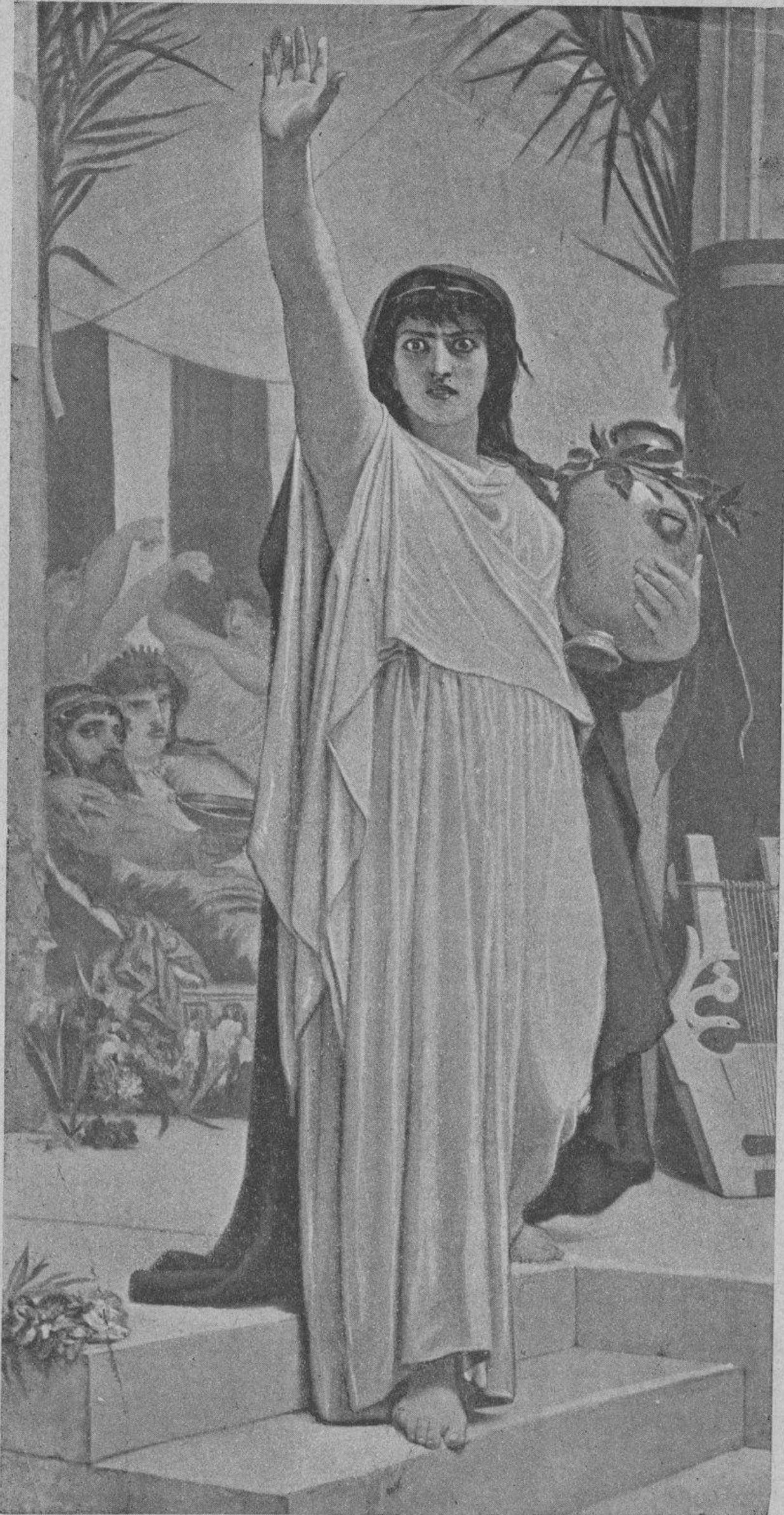
...Pues sí, sí, amigo mío... me casé... hace cinco meses. Hice lo que todos llaman *barbaridad*, aunque yo debo confesar ingenuamente que más tengo por tal mi casamiento con Emilia... Bien es verdad que Emilia no es como las demás mujeres; es un ángel, un verdadero ángel, el encanto de mi hogar, la alegría de mi casa... Soy feliz, completamente feliz...

Cásate. No hagas caso de lo que puedan decirte los que las echan de hombres experimentados. El estado perfecto del hombre, es el de casado...; ya ves si me descuelgo con menuda vulgaridad, pero es lo cierto; cree en mis palabras, y no prestes oídos á otras que pueden ser hijas de bastardas miras ó de mezquinas pasiones... ¿Dónde hubiera encontrado yo la dicha que hallé con Emilia?... En lugar de arrepentirme, siento no haberme casado dos años antes... Sí; es lo que debía haber hecho, y á estas horas ya habría llegado á la meta de mis ilusiones, se habría realizado ya lo que constituye mi anhelo, mi sueño dorado, mi ambición constante: ser padre...

¡Oh! No creas, algo llevo ya adelantado y dentro de poco lo seré. ¿Comprendes ahora mi alegría y mi contento? ¿Tengo motivos para ello?

¡Si vieras cuán agradables son las disputas que sostengo con Emilia!...

Yo quiero que lo que



Electra llevando las libaciones á la tumba de su padre

venga sea una niña... me parece que estoy en mi derecho queriéndolo... Una niña que sea tan hermosa como su madre, porque Emilia es hermosa... ¡si la conocieras, podrías convencerte de que no me hace hablar así la pasión! Emilia es bonita, de maneras distinguidas, elegante... Y así quiero yo también que sea mi hija... Le pondré Emilia, es un nombre precioso y que suena á mis oídos de una manera tan grata... Estoy decidido; se llamará Emilia la hija que me conceda el cielo...

Pero ya ves: lo que son las cosas; en esto es en lo único que mi parecer ha discrepado del de mi esposa. Ella quiere que sea niño, que se llame Rafael, como yo, que sea guapo, como yo... yo no soy feo ¿verdad?... ¡Si oyeras el calor con que se expresa Emilia al hablar de su futuro hijito! Porque no hay Dios que la haga desistir de su idea.

—Será niño,—me dice cuando hablamos de este asunto,—es preciso que sea niño. Las mujeres suelen ser muy desgraciadas.

—¿Tan desgraciada eres tú?

—¡Oh! No lo digo por mí. Yo soy dichosa cual ninguna, pero esto no quiere decir que mi hija lo fuera... Por supuesto que no será hija, sino hijo, hijo ¿lo entiendes? Será un guapo chico, se llamará Rafael, como tú, y será, no te ofendas por lo que voy á decir, será mucho más listo que su padre... ¡Vaya si lo será! Como que á tí nadie te conoce, y yo quiero que á mi hijo lo conozca todo el mundo, que sea un hombre célebre... Verás, verás, querido. Lo quitaremos del colegio muy pronto, á los diez años, porque nuestro hijo sabrá á esa edad más que los niños de catorce ó quince años... En seguida á matricularlo en el Instituto; y como será un portento, á los quince le tendremos hecho un bachiller. Hay que ver la carrera que se le dá... ¿Médico? No; no me gustan los médicos... Abogado, que sea abogado, doctor... que sienta aficiones literarias, que sea poeta, periodista, que escriba libros muy bonitos que todo el mundo lea... ¡Qué gozo!... Mira, también me agrada que se meta en política; y como tendrá mucho talento, le veremos subir, subir; será diputado, ministro, presidente del Consejo, presidente de la República, porque de aquí á entonces ya la habréis instaurado, según tú dices, ¿no te parece?... ¡Qué satisfacción! ¡Qué felicidad tan grande! Tener un hijo y que sea Ministro, que sea presidente de la República... ¡Dios mío, que dichosa soy!

Al hablarme así Emilia, comprendo que tiene razón, y casi casi, me inclino á ser de su idea... La verdad es que el porvenir de las mujeres es muy negro, al paso que el de los hombres, es más halagüeño... y teniendo talento como mi hijo tendrá, es preferible que sea hombre... ¿Qué opinas? Después de todo, no me desagradaría tener un hijo ministro ¿verdad?... Sí, decididamente mi esposa tiene razón; nada de niñas; un niño que dé gloria á mi apellido y enaltezca á mi familia... No te apures, que si el día en que mi hijo llegue á ser ministro, andas apuradillo, te protegeré... ¡Qué diablo! ¿Para que son los amigos?...

Ahora ya sabes lo que ha sido de mi vida en los años que no nos hemos visto; soy feliz, y lo seré más de aquí á unos cuantos meses, cuando sea padre, cuando el futuro ministro llore por las noches y no nos deje dormir... Créeme; cástate.

Y dicho esto, me permitirás que te deje. He venido para pocos días y tengo muchos encargos que hacer.

¡Ah! No olvides que Emilia y yo te esperamos. En mi casa, que es la tuya, serás siempre bien recibido; en mi mesa, hay siempre un plato para tí... ¿Vendrás?...

## II

Un año, poco más ó menos tardé en cumplir la promesa que hiciera á Rafael de visitarle, para conocer á su mujer.

Cuando llegué al pueblo, mi amigo me hizo ir á su casa, presentándome á su esposa, que si bien no respondía fielmente al retrato que de ella me hiciera Rafael, puedo asegurar que era una mujer discretísima, bondadosa y amable, y no mal parecida.

Hablamos al principio de las molestias del viaje, del calor, del frío, de todas esas cosas fútiles que pueden servir de tema á una conversación de poca importancia, hasta que Rafael me dijo:

—Ea, tú estarás fatigado y querrás descansar ¿no es esto? Sígueme que voy á conducirte al cuarto que te hemos destinado, y que será tu habitación mientras permanezcas con nosotros.

—Espera, hombre, espera. Creo que se os olvida algo. Antes de retirarme á mi cuarto, quisiera...

—¿Qué?

—Lo que me parece muy natural, conocer á vuestro hijo, dar un beso al futuro diputado, á la celebridad del porvenir, al niño que está predestinado á ser una gloria patria...

Emilia y Rafael se miraron, y de sus pechos se exhaló un tristísimo suspiro, al mis-

mo tiempo que mi amigo, señalándome una cómoda que había en la estancia, decía con voz entrecortada:

—¡Mira!

¡Horror! El futuro ministro, el que estaba destinado á llegar á ser presidente de la República, hallábase encima de la cómoda... ¡dentro de un frasco, con alcohol de cuarenta y cinco grados!...

JULIÁN PÉREZ CARRASCO.

---

## ALREDEDOR DEL MUNDO



LE TREPORT. — La playa á la hora del baño

## Cantares

Anda y cuéntaselo al Nuncio  
y no me vengas llorando,  
que me ha dicho tu doncella  
que lo estabas deseando.

Preguntó Rosa á su abuelo:  
—Dime abuelo: ¿qué es amar?  
Era ciego el pobre anciano  
y respondió: —¿Qué es mirar?

—«¡Maldita sea tu sombra!»  
dice á mi suegro mi suegra;  
y no sabe que su esposo  
la llama «mi sombra negra».

Aunque Virtudes te adore,  
con Virtudes no te cases.  
—¿Por qué? —Porque «las virtudes  
»coronan á los mortales.»

¡Mire usted que es rara cosa!  
No sale más que á la iglesia  
y vuelve á casa ojerosa.

De un tuerto ayer te burlaste  
y de un cojo te reiste.  
Con un necio hoy te casaste...  
¡Mira, al fin, con quién caíste!

ANTONIO SOLER.

BARCELONA EN LA MANO



El llano de la Boqueria

Fot. de nuestro colaborador artistico A. Merletti

BARCELONA EN LA MANO



Monumento á Güell, en la calle de Cortes

*Fot. de nuestro colaborador artistico A. Merletti*

(A D. VICENTE ESTREMS)

Kong-king-hermosa, la recatada  
 Hija segunda del mandarín.  
 Eres la china más resalada  
 De las muchachas que hay en Pekín.  
 Por tus ojuelos cual peladillas  
 Y tu semblante como el limón,  
 Sufre mi cuerpo tales cosquillas,  
 Que me peleo con el Dragón.  
 Tus piés torcidos son caracoles  
 Del amarillo revuelto mar;  
 Tiene tu seno cuatro bemoles,  
 (Perdona el modo de señalar).  
 Rinde en mi brazo, que lo reclama,  
 Tu talle esbelto como el bambú,  
 Pues te aseguro por Budda y Lamma  
 Que ya estoy harto de hacer el bú.  
 Paso las noches junto al Kiosco,  
 Siempre á escondidas de tu Papá,  
 Que como tiene carácter hosco  
 Hace cualquiera *barbaridá*.  
 Noches pasadas cuando discreta  
 Mi voz cantaba mi amor y fe,  
 Me asió el salvaje por la coleta  
 Y echóme á tierra de un puntapié.  
 Ya ves, hermosa Kong-King amada,  
 Que me domina pasión sin fin.  
 ¡Haz que yo vea tu faz dorada  
 Por las ventanas del palanquín!  
 Mira á tu amante, que está ya chocho,  
 Y si tu pecho se rinde ya,  
 Bajo mi cráneo pelado y mocho,  
 Mi pensamiento te adorará.  
 ¡Que eres la china más resalada  
 De las muchachas que hay en Pekín,  
 Kong-King hermosa, la recatada  
 Hija segunda del mandarín!

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.

---

**No existe**

MELODÍA

(Puesta en música por M. Fernández Caballero)

I

Te busco en vano como la abeja  
 Busca las flores en que libar,  
 Como las olas buscan la playa,  
 Como al acero busca el imán.  
 Te busco en medio de la fortuna,  
 En los placeres que el amor dá,  
 De las lisonjas en el murmullo,  
 En los halagos de dulce paz.  
 Te busco ansioso de noche y día,  
 ¿Dónde te ocultas que aquí no estás?  
 Sólo he logrado saber tu nombre;  
 Sé que te llamas felicidad.

II

Una cabaña junto á una fuente,  
 Una barquilla sobre la mar,  
 Una palmera de fruto henchida  
 Y del desierto la inmensidad:  
 Un sol radiante dorando el cielo,  
 Un dócil potro fuerte y leal,  
 Un sueño puro como el de un niño,  
 Y una conciencia libre de afán:  
 Una voz grata que cante y ría,  
 Un rostro bello que contemplar,  
 Un alma joven que nos comprenda;  
 ¡Eso se llama felicidad!

M. DEL PALACIO.



Psiché abandonada

## La vida

Ante mis miradas se extiende una selva desmedida. Un río, partiéndola en dos, la fecunda. El sol, cayendo de lo alto, la inunda de luz. No hay dentro de ella otro hombre. No es posible, por lo tanto, que halle en esta soledad el espectáculo desolador de la lucha eterna que entre sí sostienen los hombres. Todo aquí es paz y calma y silencio.

Sobre el musgo y los fanales me tiendo, dispuesto á admirar la tranquilidad pocas veces gustada, el silencio augusto, las galas que por donde quiera brotan. Todo convida al reposo: la amenidad del sitio, el calor que palpita en el aire, la quietud de hojas y tallos.

Una araña teje con diligencia su red entre dos ramas. El insecto es de vivos colores, de cuerpo estérco que se balancea sobre los muelles de seis patas gruesas y peludas. Junto á la boca, tenedores animados, tiene dos pinzas formidables. El animal trabaja con rapidez. Se conoce que ha de acabar su tela en tiempo determinado. Cuando ya la deja por lista, pasa una última vez por sobre de ella como para una revista de inspección, convenciéndose sin duda de que ofrece la anhelada resistencia. Después se agazapa en una de las ramas que sostienen la obra de su industria y queda inmóvil, con una pata apoyada sobre uno de los hilos que aguantan la tela. Así pasa un cuarto de hora. La araña no se ha movido. Diríase que ha quedado petrificada. De repente se dirige con rapidez hacia el centro de la tela. ¿Qué ha ocurrido? Una mosca que revoloteaba ha tropezado con la red y ha enredado en ella sus patas. Al sentirse cautiva zumba desesperadamente, se debate, y con sus esfuerzos se enreda más y más. La araña supongo que va á libertar á la cautiva. Hacia ella se dirige y la toca con una de las patas. La prisionera zumba con angustia. La araña, con una destreza que envidiaría el mejor agente de policía, agarrota las alas de la mosca con los tenues hilos que suelta por la boca, y cuando ya el bicho está inmóvil, la coje con las pinzas, la lleva á la rama y allí la mata chupando poco á poco su sangre.

Quedo horrorizado al presenciar aquel asesinato. Pero no he sido yo solo quien lo ha visto. Un pájaro que estaba medio dormido sobre una ramita estira la cabeza, brillan sus ojuelos como dos diamantes negros, baten sus alas, y como una flecha cae sobre el insecto carnívoros destrozándolo de un solo picotazo. ¿Es un castigo que el cielo envía á la araña? No. El pájaro se come el insecto. Y cuando saboreaba su cuerpo, cuando imaginaba yo que allí iba á terminar aquella carnicería, he ahí que un gato montés salta sobre el pájaro. Sus potentes garras le destrozan en un momento; su formidable boca de felino devora las carnes palpitantes. Aparto la vista con horror. El movimiento que hace produce ruido. Huye el gato á las ramas más altas de un pino que sobresale del mar de verdura. ¿Qué es lo que hace lanzar al felino un maullido de horrible angustia, de suprema desesperación? Un águila que volaba sobre la selva ha caído sobre él con la rapidez del rayo, y antes de que pudiera aperebirse á la defensa ó buscar su salvación en la fuga, ha hecho presa en él con sus garras de acero. De un picotazo abre su cráneo y remonta el vuelo llevándose á su víctima.

Horrorizado todavía, escucho un rumor en el que no me había fijado aún. Viene de lo alto, del suelo, de las entrañas de la tierra. Escucho con más atención. Ese rumor es producido por millares de millones de quejas inarticuladas. Es el eco de la lucha del mundo vegetal.

Cerca de donde estoy tendido crece un roble centenario. Sus raíces, fuertes, poderosas, dotadas de vida exuberante, libran debajo de la tierra cruenta batalla contra las raicillas de la hierba, contra los raigones de los arbustos que quedan vencidos. Una vida superior ha destrozado miles de vidas inferiores que, sin embargo, estaban animadas por el mismo principio que ha creado aquélla. A mi lado una florecilla azul de romero tiene clavada una aguda espina que le ha producido tremenda herida. Las liañas y yedras se abrazan á las encinas, y á cambio del apoyo que reciben, dan á los árboles segura muerte. El abrazo no es de cariño; es de muerte.

Las hormigas diminutas matan el roble añoso; los gusanos le muerden; los alados insectos le apolillan. Los pájaros devoran hormigas y gusanos y mariposas. Los cuadrúpedos se apoderan de las aves. Esta es la naturaleza; esta la vida. Durante siglos y siglos, desde que el primer movimiento, sintomático de la primera vida, se operó en la tierra, la vida sólo se ha conservado merced á la lucha, ésta únicamente se sostiene á costa de muchas muertes.

Mis ojos se fijan en un libro que he llevado á la selva, y leen: «La infinita misericordia, fuente de vida, ha querido que ésta se cimentara sobre el amor».

A. RIERA.

SCHINDTER



Rocio



Local de la Ronda de la Universidad en donde se exhiben los Aschantis

## Los Aschantis

Pues, señor, no hay más remedio.

No me puedo sustraer á la influencia, y yo también he de hablar de esa tribu *de salvajes*, (como les llamó un periódico) que está actualmente exhibiéndose en el solar que en la Ronda de la Universidad ocupó el pasado verano el café llamado *La Pajarera*.

De tal modo han caído en gracia los *morenos*, que se ha hecho su exhibición el espectáculo de moda, y, según dice un diario, ya hay quien se ha declarado parroquiano *de la casa*, y antes le faltaría que comer que faltarle la peseta para ir á meterse entre los negros, entablando con ellos relaciones de amistad y admirando las costumbres de la tribu, así como la amabilidad y fina galantería de todos sus individuos.

Yo empiezo por confesar que cuando me enteré de la llegada á Barcelona de la mencionada tribu, me escamé y dije para mi colete:

—¿Se tratará de una nueva edición corregida y aumentada del célebre Rhama S'hama?

Porque hay que tener presente que aquél también se nos anunció como auténtico salvaje y luego resultó que era, según el testimonio de algunos que aseguraban y aún juraban conocerle, un simple guarda de consumos que, harto sin duda del pincho y cansado de perseguir contrabando, prefirió hacerlo él, y andaba por esos mundos dándole un petardo al Verbo y explotando á los incautos.

Y, francamente; aunque de ser cierto lo que el público decía, Rhama S'hama no mentía al hacerse anunciar como un salvaje, maldito si tiene gracia que le hagan pagar á uno por ver á un hombre más ó menos peludo, cuando precisamente en esta época del año no tiene uno en Barcelona más que hacer queirse á los baños, donde, á diario y sin pagar, pueden verse por la playa muchísimos Rhamas S'hamas.

Escamado, pues, como antes dije, con el timo del *burol*, me dirigí el otro día al local donde se exhibe la tribu, tomé mi entrada y entré.

Desde luego puedo asegurar que los negros son auténticos, aunque nada tienen de salvajes.

Apenas hube entrado en el interior del solar, me pude convencer de ello, pues me encontré con un amigo mío que, con objeto, según me dijo, de ver si se desteñía, frotaba fuertemente la espalda de un muchachito, como si le estuviese dando lustre. Y el chico, en vez de morderle, le sonreía y no perdió su natural color.

El local, aunque grande y espacioso, resulta pequeño y poco adecuado al fin de la exhibición, pues eso de ver á una tribu africana que hace, según dicen, cuatro días estaba en completo y verdadero estado de salvajismo, trabajar, cantar, bailar y hacer todas sus faenas á la luz de la electricidad, me producía el mismo efecto que me hubiera producido ir á ver cazar leones en un florido jardín.

Pero, así y todo, el espectáculo *resulta* y merece la pena de ser visto.

Los Aschantis son simpáticos y sufren pacientemente las preguntas é impertinencias del curioso visitante, á quien, cuando no le entienden, le sonrien afablemente, mostran-



Grupo de los individuos mas notables de la tribu

do una dentadura cuya blancura envidiarían más de cuatro damas barcelonesas.

Su color es bronceado, y aunque son en su mayoría de regular estatura, hay entre ellos algunos tipos altos, robustos y bien formados.

Las negras son todas á cual más fea. De modo que entre los Aschantis no hay, naturalmente, mas que un sexo: el sexo llamado feo.

Aunque, según parece, antes de su civilización eran gente guerrera que no retrocedía ante el enemigo, y se suicidaba si perdía una batalla, sus facciones no tienen esa dureza reveladora de un carácter batallador y altivo. Tienen, por el contrario, todos ellos, un sello muy marcado de dulzura, que les hace altamente simpáticos y agradables.

Ejecutan los Aschantis sus danzas, cantos y labores, en barracas y tinglados que ocupan todo el local. Hay entre ellos ebanistas, joyeros, costureras, lavandero, grabadores de calabazas y dos tejedores que ejercen su oficio en un telar sumamente primitivo.

Frente á la casa del jefe (que cuando no trabaja en joyería se pasa las horas estudiando Geografía ó escribiendo) está la cocina, cuyos fogones son de arcilla al estilo del país. En ellos cuecen sus guisos, cuyo principal elemento es la patata que, hervida en grandes cantidades, machacan después en dos enormes morteros.

En un tinglado á la derecha de la puerta de entrada, está la escuela donde aprenden los muchachos á leer y escribir. Apoyando en las rodillas sus pizarras, escriben algunos



El jefe de la tribu y su mujer

dazos de pan ó *pour boir*, como dicen casi todos en francés.

Por cierto que una de las cosas que más me ha llamado la atención, es la facilidad con que se expresan en este idioma la mayoría, á pesar de su breve estancia en Lyon.

Algunos de ellos sostienen perfectamente una conversación en aquella lengua, relatando sus usos y sus costumbres, su religión y sus nombres.

Para aquel que haya nacido ó vivido en Cuba, los juegos, bailes y cantos de los A-chantis no son cosas del todo ignoradas, pues muchas de ellas son iguales y otras tienen gran semejanza, con los cantos, juegos y danzas de los negros en los ingenios, y aun en las mismas poblaciones de la Isla, cuando celebran sus fiestas.

Una de las cosas que más llama naturalmente la atención, es la bariaca del maestro, cuya mujer ha dado á luz hace unos días.

Recién nacido y parida, son objeto de viva curiosidad, y muchas señoras penetran en la reducida estancia, para contemplar de cerca al heredero del dómine, cuyo bautizo se hará, según dicen, con mucha solemnidad.

Otra de las cosas más curiosas y dignas de ser observadas, es el peinado de las negras, caprichoso y variadísimo, pues son pocas las que se peinan de

de ellos con letra correcta y clara, los nombres *France* y *España*, las dos únicas naciones que han visitado hasta ahora, pues, según me dijo el maestro, salieron de Accra á últimos de Marzo, han estado en Lyon tres meses, pasarán probablemente cuatro en Barcelona, y regresarán después á su país donde han dejado muchos de los negros padres y esposas.

Concluida la clase de lectura y escritura, el profesor, que mientras dan los chicuelos sus lecciones, lee y estudia á su vez una gramática anglo-española, coje un clarinete y... ¡a cantar!

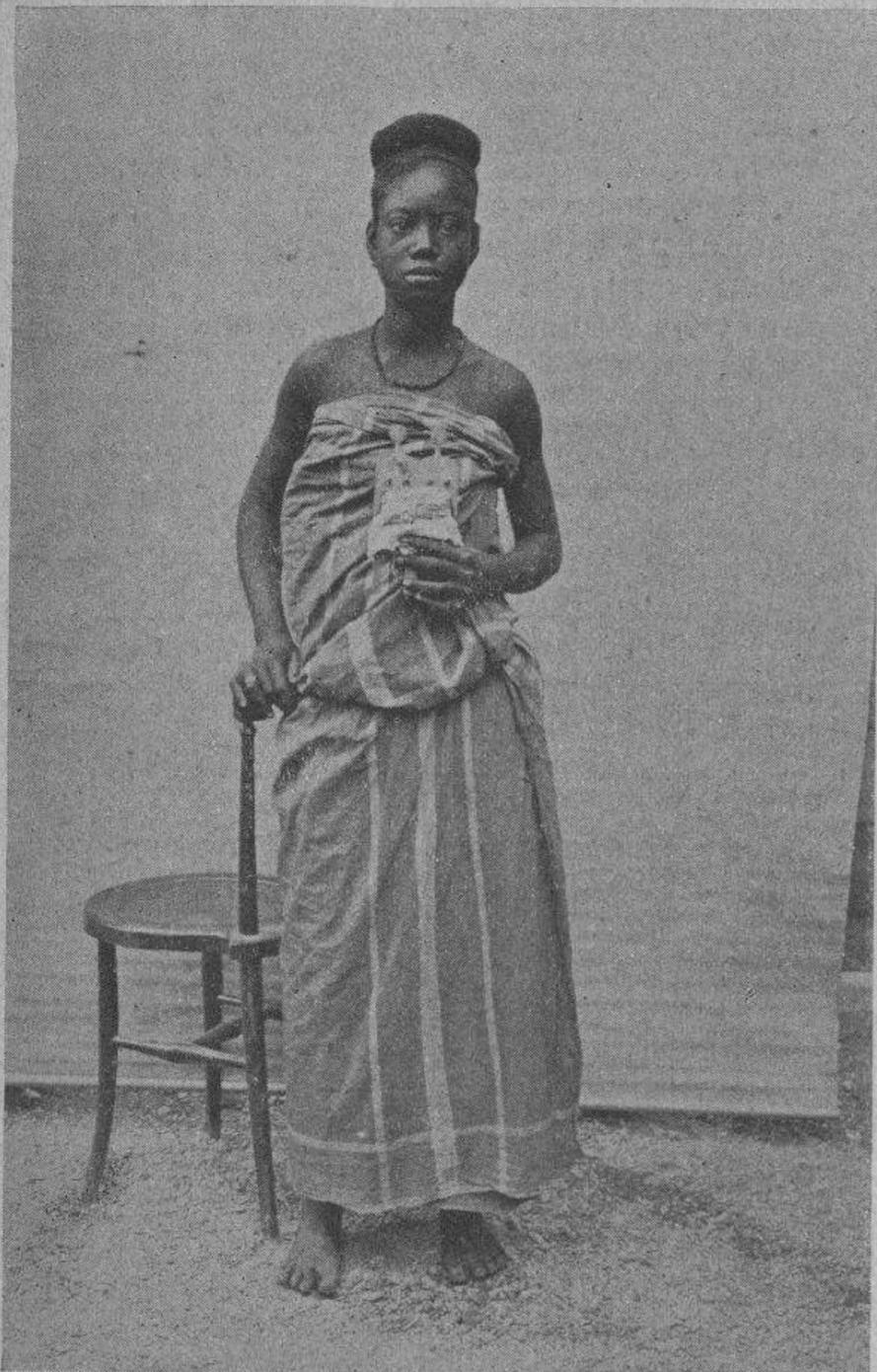
Cantan ya los muchachos con gran afinación la *Marsellesa*, y ahora están aprendiendo la sobada y popular *Marcha de Cádiz*.

¡Y qué simpáticos son los tales chiquillos!

A todo cuanto se les da, corresponden con un gracioso *merci* que aprendieron sin duda en Francia, donde, según dicen algunos de ellos, no han sido tan agasajados y obsequiados como lo son en Barcelona, pues no hay señora ni señorita que no tenga que ver con ellos, colmándolos de caricias, y apenas si hay visitante que no salga del local completamente limpios los bolsillos de calderilla, que sirve á grandes y chicos para comprar sendos pe-



Una venus de la tribu



Tipo de belleza aschanti

### Cuento

Enseñando la instrucción, mandó poner un teniente firmes á toda la gente que formaba el pelotón.

Mas lo hicieron á rabiarse todos, excepto Gustavo, y el teniente mandó un cabo para hacerle descansar.

Por casualidad fué él, pues aparte de cazurro, era el soldado más burro que había en todo el cuartel.

—Lo ha hecho bien, solamente de orden del teniente Aznar, póngase usted *en su lugar*,— le dijo el cabo sonriente.

—¿Me lo dice ó me lo cuenta?— contestó al cabo Gustavo.

—Es la verdad.—*Siñor* cabo, ¿y qué dirá la *tinienta*?

JOSÉ PUYOL BOSQUE.

igual modo, sobresaliendo entre todos el tocado de *la jefa*, que lleva encajadas en el pelo una porción de peinetas doradas.

Alguno de los *ejemplares* femeninos fuma en pipa, y todos aceptan con agradecimiento los puros y cigarrillos que se les ofrece.

Cuando bailan, cuélganse, las que son madres, los hijos á la espalda, y juro á Dios que necesitan los infantiles retoños de todo el sueño que es propio de su tierna edad, para poder descansar mientras ellas bailotean.

Y como casi toda la prensa se ha ocupado ya con profusión de detalles, de esa tribu de simpáticos *morenos* que ha venido á visitarnos, terminé mi cometido no sin recomendar á mis lectores que si quieren pasar un rato agradable, y al mismo tiempo que entretenido, instructivo, se gasten una peseta y acudan al solar de la Ronda de la Universidad á devolverles la visita.

Y ¡quién sabe! Por culpa de uno ú otros nos vamos de tal modo conquistando antipatías en Europa y en América, que puede llegar el caso de que, cuando necesitemos un aliado, tengamos que ir á buscarlo entre esas tribus del Africa, que no sin cierta razón dijo un día Alejandro Dumas que empezaba del lado acá del Pirineo.

VICTORIANO ESCALANTE.



El maestro de escuela y el de baile

Fotografías de nuestro colaborador artístico A. Merletti

# LOS ASCHANTIS

(DEL NATURAL)



- No es V. la que estaba mala hace media hora? - Si, pero pasó, he tenido un niño. (histórico)

- ¡Ridios! Es mismamente el ranchero de la 4ª!



- ¡Lo que son las preocupaciones! Fíjate en ese peinado!

¡Dios los cria, etc!

(REFLEXION NEGRA) - EN CUANTO SEA RICO VOY A LLEVARME A MI PAIS UNOS CUANTOS... TIPOS DE ESTOS.



Días pasados armaron un escándalo monumental tres individuos que se disputaban, primero en la calle, y en el Juzgado después, la propiedad de una capa.

Y vean ustedes las pruebas que cada uno alegaba para sostener su derecho.

Uno enseñaba la factura del sastre.

Otro una papeleta de empeño.

Y el otro... ¿Qué dirán ustedes?

Pues un pedazo de trencilla, de la *interfecta* también.

Aquí sí que no cabe lo de «todos somos muy honrados, pero la capa no parece».

Lo que, por lo visto, no pareció, fué la honradez.

Y aun faltó un cuarto en discordia que probara que era suya, sin más recomendación que enseñarle al juez las uñas.



Se ha fugado una polluela de Almería... y de su hogar, yéndose, al pronto, á viajar con un maestro de escuela.



Caso raro, aunque, á mi ver, en seguida está explicado: ¡El hambre, que se ha juntado con las ganas de comer!



Noches pasadas detuvo la policía á cinco sujetos de malos antecedentes.

Uno de ellos, dice el periódico de donde tomo la noticia, era un famoso atracador, al cual se le ocupó una faca con la inscripción siguiente: «Defenderé la honra de mi amo».

Y piensa uno: ¿Para qué llevaría ese hombre la faca?

Porque... ¡para defender la honra de un atracador!...



El escritor Valdemoro, que es un poeta afamado, un librito ha publicado, que titula: *Granos de oro*.

Lo he abierto hoy, y confieso que el libro me ha sorprendido: en cuanto un *grano* he leído, ya me ha salido un divieso.



Leo en un diario local:

«Tres amigos, que en unión de otro salieron ayer á dar un paseo en bicicleta, tuvieron la

desgracia de que el que iba delante, efecto de una avería de la máquina que montaba, cayera, viéndose precisados, por no poder refrenar á tiempo las suyas, á pasar sobre su cuerpo, exánime del golpe, produciéndole magullamientos de consideración».

¿De manera que tuvieron los tres la desgracia de que el otro cayera, y hasta la desgracia de tener que magullarle el cuerpo casi exánime?

Y, ¿cuál tendría la suerte? ¿El otro, el magullado?



Decid cuanto queráis todos aquellos que, de ingenio y ardid haciendo alarde, combatís la virtud del matrimonio con acerada ó conceptuosa frase.

Yo sólo sé que en todos los idiomas, hasta en el habla ruda del salvaje, la palabra más dulce es la de *esposa*, la palabra más santa es la de *madre*.

VÍCTOR BALAGUER.



Como observarán ustedes, no queda espacio esta semana para contestar á las cartas recibidas. En el número que viene las contestaremos todas.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año . . . . .	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H<sup>nos</sup> y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona